



Olga de León

Destino: el principio eterno

PARTE I

Tú no sabías nada. Nada de nada, aunque se cimbraban los cielos y temblaban las mariposas. Después del homicidio, todos fuimos unos cobardes, solo supimos que debíamos huir a lo más hondo de la tierra, a la cueva más profunda, a la más inhóspita, donde el fuego nos consumiera con prontitud e impaciencia; quizás debíamos ir a Sudáfrica, donde la desolación es un glaciador que quema... pero no mata; o a Dinamarca, donde la gente se apiña cual hoguera para sentirse viva, humana.

Dejamos que la fuerza del viento eligiera un camino para nuestra incertidumbre, y que la luna sola, sin estrellas, iluminara el sendero desmarcando nuestras sombras: caminaríamos el camino detrás de nosotros, ese al que seguimos dándole la espalda y sin embargo nos lleva, nos traslada.

Sin fundas ni amarres para las armas, caminamos por años sin nada con qué defendernos. Solo con la fe de quien sabe que será perseguido eternamente, por los siglos de los siglos... y aún más.

Aquel día, ella había llegado al aeropuerto, no recuerdo si venía acompañada o sola; ahora lo sé, venía solo con la única compañía que nunca la abandonaba (al menos, no cuando me visitaba), el puñal que siempre traía amarrado al tobillo, "la prima", como ella solía llamar al arma que podía atravesar un toro con una ligera descarga de su peso, transitando de su brazo al empuñarlo contra el lomo del animal, o... del enemigo en curso.

Me distinguió a la distancia y me envió un saludo desde lo lejos. Supe que era ella todavía con el cariño que nos unía, y entonces te vi ahí, un par de metros detrás intentando alcanzarla. Yo no sabía qué estaban haciendo ninguno de los dos en el aeropuerto Benito Juárez de la Ciudad de México, y creí que era una coincidencia. De pronto, los tres vimos del otro lado, a dos federales corriendo, y detrás de ellos a otros veinte, mientras ustedes hacían señas con sus brazos, advirtiéndome a los que estábamos enfrente que nos cuidáramos. En ese instante reconocí a María, estaba arremangándose el pantalón con ambas manos, como lo solía hacer desde que la conocí. Recuerdo el día en que la sorprendí en medio de la faena doméstica, y me dijo:

- Prefiero vivir solo tres años más, pero rica; antes que cuarenta estando por el resto de mi vida tan jodida que seguiría, como hasta ahora: ¡lavando baños!

- Pero es que así estamos todos aquí y además, pensando igual que tú, - le respondí.

Entonces, sentí el calor que se siente estando bajo la sombra de una higuera en verano, tolerable pero opresivo, y entreví a través de uno de mis párpados la pequeña herida que me asfixiaba y no solo me cegaba; con el otro ojo, la vi a ella, a María, estaba tirada en el mosaico resplandeciente, blanco inmaculado del aeropuerto, y te vi a ti, matándola, mientras se escuchaban múltiples disparos que no sabía de dónde procedían, ni a dónde iban. ¿O, habría alcanzado el último balazo a mi pecho ardiente? ¿Qué me hizo girar?, no lo sé.

La sangre saltó de su costado a mis ojos,

y tú sabes lo demás. María no, porque ella nunca te vio. La apuñalaste por detrás, matándola con el más inconsolable dolor que una madre nunca querría sentir, mientras decías (o proferías, debería decir aquí) "esto no te va a doler", "porque eres el hijo..."

Y ella, resignada deja caer su quijada y su costado izquierdo recargándose sobre la tierra, la madre de todos, implorándole a Dios por ti. ¿Qué culpa tenía ella? ¿Acaso te confundiste, o te ofuscó la pérdida de privilegios? ¿No sabías lo que hacías, o no quisiste saberlo?

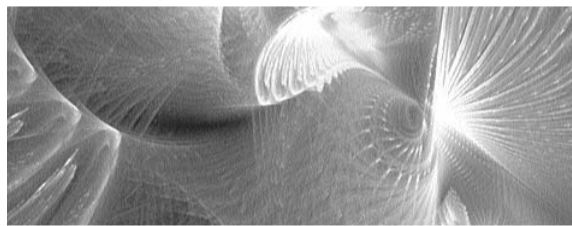
¿Quién te va a perdonar a ti? ¿Te perdonaría, realmente, María? ¿Y yo, cómo puedo llegar a saberlo?

COROLARIO PARTE I

Tendré que vivir otros dos mil años más, ¡por lo menos!; para qué... para conocerte mejor, para perdonar, para entender, para... Ya lo he hecho.

Son otros los que hablan ahora por ti, por ella, por todos nosotros; son los muertos y perseguidos de aquel entonces, los inocentes de ayer, de ahora y de siempre.

...y no obstante, "todo se ha dicho": "Todo se ha consumado".



PARTE II

Al día siguiente, los noticieros y la prensa nada decían acerca de la balacera en el aeropuerto del D F, era como si nada hubiera acontecido; pero yo estuve allí, vi el crimen y escuché los disparos. Además, no fui solo yo, cientos de concurrentes y viajeros que salían o llegaban de distintos destinos lo habían presenciado. No sé si el crimen contra Natura también lo sufrieron o revivieron... Pero la balacera, el fuego cruzado y los caídos, ni quién pudiera negarlo o pensar que lo soñó, que solo fue una pesadilla, qué más quisiéramos todos en esta ciudad y muchas otras del país, del mundo.

¿Te das cuenta, cuán rápido se olvida el dolor, la responsabilidad, y la culpa, y todo lo que lastima e impide seguir en la vorágine de la "vida" con la conciencia acallada y civilmente tranquila?

Aquella histórica y trágica tarde nadie pudo calibrar el verdadero valor de los actos que trascenderían a la humanidad, no importan las razones ni las excusas, nadie las tuvo realmente. Nadie las tuvimos.

El sol se apagó, el manto de la noche cubrió a la ciudad otra hora la región más transparente del mundo. Miles de niños nacían en todo el mundo, miles también morían de hambre, de frío, de sed o por un mortero, una bomba "molotov", una bala perdida, un golpe de mala fortuna o del desamparo de la vida misma. Las nubes corrieron su manto y los rayos y los truenos cimbraron la tierra e hicieron temblar a las mariposas Monarca que presto corrieron a refugiarse en su santuario.

¿En dónde estabas tú? La soledad fue mi

templo y el bullicio tu refugio, como si el ruido de la ciudad pudiera ensordecerte tu pena y secar mi llanto.

La luz dejó de lado brillar por igual para todos y se fue con el mejor postor. En la calle imperó la fuerza bruta y las marías se fueron silenciando como si el sigilo les diera bendición a sus hijos. Pero nadie estaba a resguardo, nunca más.

Un día, mucho tiempo después, siglos después, la maldad creó sus templos y sus santos y santuarios; y tuvieron los "malitos" su más gloriosa época, la del hambre, la de la ambición, la de la miseria, la de la ignorancia, la de los cuellos blancos y los rostros engañosos, la de las mujeres que jugaron a recato y cobijaron con sus rezos los crímenes de hermanos.

María resurgió de entre los transeúntes en la calle, en los espacios blancos del aeropuerto capitalino, María siguió llorando, caminando lentamente, con la cabeza cubierta con las enaguas coloridas y los huaraches cansados, desgastados de tanto ir y venir de un lado para otro, en busca de sus hijos, pidiendo clemencia, exigiendo la entrega del hijo... no importa que esté muerto, no importa que sea cadáver: ¡es mi hijo!, devuélvemelo muerto, si no lo encuentro vivo.

COROLARIO PARATE II

En el horizonte, desde Canadá hasta Morelia, las Monarca van ondeando los cielos, pintando de mil colores la ruta desde el Norte hasta mi cálido edén, otra hora envidia de los ricos, riqueza invaluable de los pobres.

PARTE III

Parecía como si no hubiese dormido o como si se me hubiese perdido todo un día, veinticuatro horas entre el infierno y el nirvana; no, más bien en el limbo porque ahora sí, ahora aparecía la nota: "Enfrentamiento en el aeropuerto del DF". "¡Confusión entre las fuerzas armadas..., deja...!" ¿Confusión?, -pensé y no podía dar crédito a lo que mis ojos leían al paso por la calle en los estantes de periódicos y revistas.

Abajo, en un pequeño recuadro de la primera página, había una fotografía con la que mi mente revivió lo sucedido, hacía... ¿cuarenta y ocho horas?, ¿o solo veinticuatro? ¡Qué importa el tiempo! Ahí estaba yo queriendo alcanzarla, justo cuando todos volvimos nuestros rostros en una misma dirección, hacia atrás, hacia donde nuestras sombras no se reflejaban, pero todo estaba sucediendo. María vivió solo tres días más, pero "rica"; y no cuarenta, "jodida". Iba cargada de joyas que llevaba en una maleta, murió con un arma de alto poder en sus manos y con su nariz respingada polveada de blanco. María no lavaría nunca más los baños de ningún aeropuerto.

Debajo de la fotografía alcancé a leer: ...una víctima más del poder del...

Seguí caminando sin volver la vista, sin mirar atrás.

NOTA: Idea original y Parte I de Carlos A. Ponzio.



Sir Winston Churchill, político y escritor británico

Sir Winston Leonard Spencer-Churchill, KG, OM, CH, TD, FRS, PC (Palacio de Blenheim, 30 de noviembre de 1874 – Londres, 24 de enero de 1965) fue un político y hombre de estado británico, conocido por su liderazgo del Reino Unido durante la Segunda Guerra Mundial. Es considerado uno de los grandes líderes de tiempos de guerra y fue Primer Ministro del Reino Unido en dos períodos (1940-45 y 1951-55). Notable estadista y orador, Churchill fue también oficial del Ejército Británico, historiador, escritor y artista. Hasta la fecha es el único Primer Ministro Británico que ha sido galardonado con el Premio Nobel de Literatura, y fue nombrado ciudadano honorario de los Estados Unidos de América.

Churchill fue un escritor prolífico durante toda su vida y en los períodos que estuvo fuera del gobierno se consideraba a sí mismo como un escritor miembro del Parlamento. A pesar de su origen aristocrático, su herencia fue insignificante, dado que su madre había gastado la mayor parte de ella. Es por esto que siempre estuvo corto de dinero y dispuesto a escribir para lograr una remuneración que le permitiera mantener el nivel lujoso de vida que llevaba, así como para compensar las pérdidas en algunas malas inversiones que llevó a cabo. Varias de sus obras históricas fueron escritas con la finalidad de ob Churchill recibiría el Premio Nobel de Literatura en 1953. Según la fundación Nobel, se le concedió por "su maestría en la descripción histórica y biográfica, tanto como por su brillante oratoria, que defiende exaltadamente los valores humanos".

El 15 de enero de 1965, Churchill sufrió un segundo ataque cardíaco que le ocasionó una severa trombosis cerebral. Falleció el 24 de enero de 1965.

ad pēdem
literae

"El vicio inherente al capitalismo es el desigual reparto de bienes. La virtud inherente al socialismo es el equitativo reparto de miseria",
Churchill.

letras de
buen humor

"A menudo me he tenido que comer mis palabras y he descubierto que eran una dieta equilibrada",
Churchill.

Churchill.

En interiores...

Qué los mayas nos agarren confesados

Carolina Rocha Menocal

Página 2

Cartas de mujeres
Guillermo Fadanelli

Página 3

La Voz del Papa
P. José Martínez Colín

Página 4